

de la Comisión Aliada de Control, ocho periodistas, un intérprete, un piqueta de soldados, algunos médicos, enfermeros y enterradores se disponían a asistir a la escena que se preparaban a ser testigos de que se cumplía la justicia. A la 1 en punto, el portón de hierro del gimnasio lo abrió el MP norteamericano de guardia, a los tres golpes dados por el coronel Andrus, jefe de la cárcel, a quien seguían el pastor literario Cerrack, el capellán P. O'Connor y, entre dos números, esposadas a la espalda las muñecas, el ex ministro alemán de Asuntos Exteriores.

Llegados al pie del patíbulo, el ritual fue breve (e igual para los diez condenados). Desposeyéndole, un oficial norteamericano le preguntó su nombre, el intérprete tradujo al alemán y Ribbentrop lo dijo. En compañía de ambos seguidamente subió hasta la horca: el oficial preguntó si tenía algo que declarar, y la respuesta fue: «Dios sabe a Alemania». El sargento tejero —cuatro años después, moriría estrangulado por un cinturón de seguridad en un accidente de coche— le puso una capucha negra y, por síntoma de la corbata de cañamo, maniobró el palanca de la trampilla a los pies del condenado. Catorce minutos exactos, desde la llamada de Andrus. Siete después empezaba el turno del mercader Keitel.

No se trata de hacer crónica negra. El ritual que dos semanas antes había escuchado su sentencia en posición de firmes, sin pronunciar palabra, declaró esta vez: «Invoco el Todopoderoso para que se espia de del pueblo alemán». El general Jodi, que no se había conducido diversamente, dijo ahora: «Te saludo, Alemania mía». Los demás se pronunciaron según su distinto talante y, con la excepción de Rosenberg, aceptaron los auxilios religiosos Frank, convertido últimamente al catolicismo, dio una vez más las gracias, según venía diciendo desde que el juez le sentenciara). El último de la ronda, el austriaco Seyss-Inquart, aún tuvo ánimos para poner el broche: «Confío en que esta ejecución sea el último acto de la tragedia de la guerra mundial y que la lección de esta guerra sirva para la paz y la comprensión entre los pueblos».

Centenar y medio de kilómetros al sur, en las inmediaciones de Munich, uno de los hornos crematorios del tristemente célebre campo de concentración de Dachau estaba a punto, desde dos días antes, escuchando esta vez por un ex internado cuyo nombre y apellido curiosamente coincidían con los del autor del «Crepúsculo de los Dioses»: Richard Wagner. Uno tras otro, y comenzando por el de Goering, los once fératros de haya resbalaban por la boca incandescente de dicho horno aquella mañana. Y las cenizas conseguintes, depo-

u no largo de su obra, promos significativos de su formación y apena en me recen el nombre de tales. La Antología, de Vivanco, que ahora nos ofrece Valverde, constituye una prueba de las dificultades que supone trabajar y definir la obra de autores vivos. Porque la obra de Vivanco no ha sido lo que muchos imaginábamos. Y para demostrarlo ahí están los textos que el antólogo exhibe. «Esta brave antología sorprenderá a muchos al presentar, de modo intensificado por su forzosa rapidez, la contrastada evolución de LFV, con retorno final a unos orígenes semio olvidados: LFV, tras unos años iniciales de machadiana juvenilia, empezó su obra como poeta de vanguardia, en la sazón de 1927; luego se transformó en exaltado Idealista neorromántico, después pasó a ser el realista contemplativo y religioso que, mejor o peor, suele conocerse, y, finalmente, ha terminado volviendo a su vanguardismo, enriquecido y ahondado, en el libro póstumo cuyas muestras aquí incluidas serán la gran sorpresa de esta antología» (p. 8).

Las etapas que señala Valverde, en efecto, coinciden con las muestras poéticas que contiene el libro. En los textos hallará el lector la confirmación de lo que en un estudio hubiera parecido una hipótesis, aunque aquí queda

VA DE ENMIENDA

La compaginación de algo tan continuamente mudable como es un diario, suele imponer cortes a los que el escritor ha tenido que acostumbrarse, ya que no conformarse. Mas, en ocasiones, lo sacrificado entraña el riesgo de desvirtuar el razonamiento del autor, cual pudiera haber sucedido al ajustar la ilustración al artículo que a «El P. Feijoo, benedictino universal» dedicaba, el pasado jueves, nuestro querido colaborador J. Raimundo Bartrés. Tras aludir al casi medio millón de ejemplares de escritos del benedictino impresos en vida del autor (sin contar las traducciones en francés, italiano, inglés y alemán), nuestro articulista observaba que Feijoo «a sus cincuenta años se lanzó a la palestra con el primer volumen del "Teatro Crítico", en cuyo primer discurso se puede leer como una especie de obertura: "que también entre los herejes hay y ha habido muchos sabios...". ¿Se da cuenta el querido lector de lo que esta afirmación significa? ¡En España y en 1726! Y, por si fuera poco, añade la siguiente contrapartida: que «la doctrina no siempre fue acompañada de la virtud».

Más de lamentar es que quedaran en la platina los últimos párrafos del trabajo donde Bartrés —a quien pedimos disculpa— toma a partido el talante anti-feijoo del maestro Menéndez Pelayo en su juvenil «Historia de los heterodoxos españoles». «Con su peculiar y endiosado aldeanismo —respetamos, aunque no forzosamente compartamos, estas opiniones sobre don Marcelino— soltó "boutades" a porrillo contra el universal benedictino. Elijo tres: "Hay en sus escritos ligeras francesas imperdonables", "Filósofo con libertad, y fue de todas veras, como él mismo dice con frase felicísima, ciudadano libre de la República de las Letras", "Fue, más que filósofo, pensador; más que pensador, escritor de revistas

MESA DE REDACCION

por J. R. Masoller

o ensayos a la Inglesa. No quiero hacerla la ofensa de llamarle periodista, aunque algo tiene de eso en sus peores momentos». Después de ese antidiplomático prologo antiperiodístico, ¿cabe añadir más a cargo del endiosado ultramontano? Y concluye: «Como epitafio, consignemos que Menéndez Pelayo pertenecía, en espíritu, al siglo XIII, y habría jugado un primerísimo papel a la diestra de Gregorio IX, pues no olvidemos que el ortodoxismo santanderino se proclamó partidario de los autos de fe. ¡No sé si el Papa que los inventó se habría atrevido a tanto en los albores del siglo XXI y Feijoo fue un hombre, como todos los grandes hombres, que se adelantó a su época: en espíritu no pertenecía al siglo XVIII».

UN EDITOR DE TRES SIGLOS

El país vecino se apresta a festejar los tres siglos de la decana de sus firmas editoriales. El 29 del presente mes, en la nueva Biblioteca Municipal de Estrasburgo, el ministro Michel d'Ornano inaugurará solemnemente la magna exposición, dedicada a la historia de dicha editorial, que a comienzos de año será presentada en París. Se trata de la editorial Berger-Levrault, especializada en enciclopedias y atlas (su Imprenta de Nancy cuenta con 850 empleados) y

Tal vez los versos que se reúnen aquí de Luis Felipe Vivanco den la medida de un poeta que no llega a imponer un estilo original. No es un creador de formas, un renovador. Tampoco es, sin embargo, el poeta que aparece mal definido en los manuales el uso y en las historias de la literatura española. Gracias a la eficaz depuración de Valverde —que ha sido aquí el amigo poeta al servicio del poeta amigo— hemos logrado descubrir a un Vivanco muy distinto, a un poeta atento a la evolución de nuestro tiempo, a un hombre que ha escondido, en el silencio, una estética en transformación. Habrá que variar en gran medida las coordenadas que hasta ahora le situaban. He aquí un «caso» más de la extraña e inquietante literatura peninsular de la posguerra.

Joaquín MARCO

Luis Felipe Vivanco. Antología poética. Introducción y Selección de José María Valverde. Alianza Editorial. Madrid, 1976.

cuyo origen erranca de la imprenta que Frédéric Guillaume Schmuck, decidiéndose por Francia y el catolicismo, estableció en Estrasburgo. Su sobrino, François-Laurent-Xavier Levrault adhirió a las ideas revolucionarias, aunque con la cautela suficiente para distanciarlas, ante los excesos posteriores, y que Nicolás, su hijo y sucesor, rigiera la imprenta de la Grande Armée. Siguiendo la reiteración de hembras y entronques, una Eléonore, Berger por matrimonio, con su hijo Oscar Berger-Levrault, dio el mayor lustre a la casa en el campo de la edición de obras militares; y el nieto de éste, Charles Friedel, padre del actual director de la empresa, fue editor oficial del ministerio francés de la Guerra, como también del gobierno belga y del ejército expedicionario norteamericano (con el cual volvió a instalarse en Estrasburgo). Anotemos la curiosidad de que bajo el sello Berger-Levrault, con sus dos libros: «La Discorde chez l'ennemi» (1924) y «Le Fil de l'épée» (1932) entraba en la literatura Charles de Gaulle.

No por prurito de comparaciones, siempre odiosas, registramos aquí la coincidencia de que el socio número 1.000, cuyo ingreso festeja la benemérita «Amica dels Golgs», sea cabalmente el descendiente de una de las imprentas más antiguas de Barcelona: la que hoy vuelve a llamarse Hereus de Jolis-Pla. En efecto, de un Joan Jolis, «estampar al carrer dels Cottoners», a comienzos del siglo XVII, y de un heredero, Bernat Pla, saben los coleccionistas de gozos, aieluyas y «becerries» de los pasados siglos. Como de su descendiente Tecla Pla, viuda, cuyo obrador administraba Vicenç Verdager, otro gran nombre en los anales del libro barcelonés, del que derivarían los Bocabella —propulsores de la devoción a san José y del templo de la Sagrada Familia— y sus descendientes los Dalmases, actuales propietarios de la empresa.

14-10-76

Adjunto las irreversibles pruebas del "ase_ sinato de Feijóo" por un inquisidor que pisa "La Vanguardia"... Increíble pero es verdad.

Me importa un pito que el tal "asesinato" se divulgue por Radio París ni que se debata en la ONU.

Cabreado /

Ayer domingo y 17 se congregaron ante el nicho de Luis Companys más de un centenar de amigos, algunos de los cuales le dedica_ ron le dedicaron emotivos parlamentos. Clausuró el acto el líder Heribert Barrera. El nicho quedó cubierto de flores y de banderas catalanas.

Las señas del referido nicho (que conside_ ramos provisipnal) son:

VIA SAN JORGE (SECCION X 7ª) nº 7182

A continuación, la comitiva se dirigió al mausoleo de Maciá, situado, en un mismó plano, a unos 200 metros, donde se le tri_ butó un poético homenaje.

El próximo día 30 se cumplirán 20 años de la muerte de Pío Baroja.